



tieron dedicarse al estudio de la naturaleza; sin embargo, siendo muy aficionado á tales observaciones y estando dotado de buen juicio y de crítica, pudo observar en el discurso de tantos años, y escribir después lo bastante para dar una idea exacta del terreno, clima, producciones y animales de la California. El abate Ventura fué tambien once años misionero de Loreto y procurador de todas aquellas misiones, y por esta razon estaba bien impuesto en todos los negocios de la península. Ellos, pues, corrigieron los errores de la edicion española, le añadieron el ensayo de historia natural y las noticias que le faltaban, continuando la narracion hasta el año de 1768.

Creyendo yo hacer un servicio al público presentándole una historia verdadera y exacta de la California, me he valido de los citados escritos, omitiendo de la historia española todo lo que ni directa ni indirectamente pertenece á la de aquella península. Aunque he hecho uso de todos los conocimientos que he adquirido con mi estudio é investigaciones y he tomado informes verbales de personas que han estado muchos años en la California; sin embargo, siendo muy fácil que se equivoque el autor que escribe la historia del país en que no ha estado, he hecho que revisen esta obra dos personas de las mas prácticas en aquel país, y la experiencia me ha manifestado que esta diligencia no ha sido superflua.

Si pues el que se ha dedicado con todo esmero á buscar la verdad y ha adquirido tantas noticias del país de que escribe, está expuesto á equivocarse, ¿qué deberá decirse de los que escriben sin tal esmero y sin tales noticias? ¿qué deberá decirse, por ejemplo, de Paw, de Robertson y de otros europeos, que pintan la California con colores que no le convienen, atreviéndose á desmentir la sincera descripcion de los que, habiendo estado tantos años en aquella península, la han observado atentísimamente? Basta saber que la geografía de Lacroix tiene en lo relativo á la California casi tantos errores cuantas líneas; que el Diccionario geográfico portátil de Vogie tiene nueve muy notables en el breve artículo *California*, y que las *Investigaciones filosóficas* de Paw, en una sola foja empleada en tratar de aquella península, contienen cuarenta y ocho falsedades, que tive la paciencia de contar entre errores simples, mentiras formales y calumnias temerarias. Disgustaría yo mucho á mis lectores si quisiera especificarlas todas; pero manifestaré algunas para nuestra.

I. *El principal animal que allí (en la California) se conoce de los que se alimentan de carne, es el tigre poltron, semejante al del Canadá. Hay tambien osos y manadas enteras de bisontes* (1). Pero por desgracia no se han visto en toda la extensión de aquella península ni un tigre, ni un oso, ni un bisonte.

II. *En 1690 un colono español tenia plantada en las cercanías de San Lucas una pequeña viña, que prevaleció mejor de lo que él esperaba. Este ensayo inspiró á los misioneros el deseo de tener ellos tambien sus viñas, y uno de ellos llamado Piccolo, que era mas inclinado á la botánica y agricultura, que á las disputas sobre la gracia venial y eficaz, se encargó de plantarlas; y progresaron de tal manera que á los cuarenta y siete años ya vendian los jesuitas tanto vino, que podian proveer á todo Méjico y aun embarcar muchos barriles para las islas Filipinas, en donde se usaba de él para las misas.* ¿Cuántos errores y falsedades en tan pocas palabras! 1.º En 1690 no habia ningun colono español en la California, ni le hubo sino hasta después de la entrada de los jesuitas en 1697, y mucho menos en las cercanías de San Lucas, es decir, en la parte mas austral de la península, la cual no fué habitada por ningun español hasta 1730, cuando ya habia muerto el padre Piccolo. 2.º Por mas diligencias que hicieron los misioneros jamás hubo en la parte austral de la California ninguna viña, ni grande ni pequeña, cuyo fruto pudiese dar vino potable. 3.º El padre Piccolo no plantó jamás viña alguna, ni podia Paw hallar otro hombre menos á propósito que aquel buen religioso para la botánica y la agricultura. El primero que hizo esta plantacion fué el padre Juan de Ugarte; pero no movido del ejemplo de aquel español imaginario, sino por haber visto en la península muchas parras silvestres. 4.º No habia vino mas que en cinco ó seis misiones, y todo el que se cosechaba no llegaba á cien cubas, como lo sé bien de los mismos que le fabricaban. ¿Seria esta cantidad suficiente para proveer á Méjico? 5.º Los misioneros no vendian su vino, como es notorio en aquel país. Le usaban para las misas, para la mesa y para los enfermos, y el sobrante se mandaba de regalo á los bienhe-

(1) Paw, *Recherch. Philos. sur les Americains*, part. 2.

chores ó se cambiaba por las provisiones que se recibian de Sinaloa y de Sonora. 6.º Los navegantes de las islas Filipinas no compraban vino en la California, ni se sabe que con tal vino se haya celebrado una misa en aquellas islas, en donde no gastaban ni gastan otro que el de España, que se les envia de Méjico á expensas del real erario.

III. *M. Anson fué el primero que descubrió por una casualidad en fin de 1744 que la Compañía era peligrosamente poderosa en aquel rincon del mundo.* ¡Infeliz corte española que para conocer sus intereses en la California, necesitó de ser ilustrada por un corsario inglés que jamás estuvo allí! ¡Infeliz monarquía que se hallaba en estado de temer á cuatro ancianos confiados en aquel rincon del mundo, acompañados de solos sesenta soldados y desprovistos absolutamente de artillería y de fortificaciones! ¡Infeliz rey católico Fernando VI, que aun después de ilustrado por aquel corsario, continuó hasta su muerte protegiendo á los misioneros y favoreciendo con nuevas gracias las misiones! Es una lástima que Paw para hacer ver el poder peligroso de los jesuitas en la California, no hubiese creado en ella un rey semejante al que creó Carvallo en el Paraguay, poniéndole el nombre de Alejandro, el de Federico, ú otro mas regio que el de Nicolás; que no hubiese transformado aquellos miserables pueblos en ciudades bien amuralladas, y hecho de aquellos sesenta soldados lo menos sesenta mil, convirtiendo en hombres las piedras de California, á ejemplo de Deucalion. Esto lo pudo haber hecho, no solamente sin costo alguno, sino al contrario, con provecho, pues de este modo habrian tenido mejor venta sus *Investigaciones filosóficas*.

IV. *En la California muchas tribus de indios que perseveran en su barbarie, conservan todavía este abuso [el de mutilarse los miembros], y aun hoy dia se cortan algunas falanges de los dedos en la muerte de sus parientes. Comienzan por las extremidades de un dedo de cada mano, y cortadas estas, siguen después con los otros dedos, y tienen un secreto admirable para curar prontamente aquellas heridas, que en Europa se tendrían por peligrosas* (1). Es ciertamente admirable el talento de Paw para exagerar, alterar y fingir los hechos como le viene á cuento. El leyó en la Historia de la California escrita por el padre Venegas, que cuando alguno de aquellos bárbaros se enfermaba, el guama ó doctor llamado para curarle, entre otros remedios extravagantes hacia una incision en el dedo pequeño de la hija ó hermana del enfermo, para que la sangre gotease sobre el cuerpo de este. Esto, y nada mas, fué lo que leyó en la citada historia, pero le bastó para afirmar todo lo que hemos visto. De una incision en el dedo pequeño para extraer una poca de sangre, hizo una mutilacion en los dedos de ambas manos. Lo que se hacia en la enfermedad para curar al enfermo, quiere él que se haya hecho en la muerte de los parientes en señal de dolor. Lo que el guama ejecutaba en sola la hija ó hermana del enfermo, da él á entender que lo ejecutaban por sí mismos todos los parientes del difunto. Y así como inventó estas peligrosas heridas, inventó tambien aquel secreto admirable para curarlas prontamente, desconocido á los historiadores de la California y aun á los mismos californios. Sabe tambien que las tribus de aquella península que perseveran en su barbarie, conservan todavía este abuso, no obstante que lo ignorasen los misioneros que habitaban en los países vecinos á aquellos bárbaros. Estos son algunos de los muchos errores y falsedades que Paw aventura hablando de la California. En cuanto á sus groseras calumnias contra la venerable memoria del padre Salvatierra, hombre venerado como santo, tanto en la California como en Méjico, y contra otras personas dignas de nuestra estimacion, nos remitimos á los hechos públicos y notorios que se refieren en esta Historia.

Estos mismos hechos desmienten igualmente las aserciones de Robertson, el cual aunque elogia á los jesuitas por haber reducido á la vida civil á los bárbaros californios, pretende persuadir entre otras cosas, que los mismos jesuitas procuraron desacreditar el clima y el terreno de la California, para ocultar á la corte sus designios y operaciones, y se lisonjea de que en lo de adelante, aumentándose la poblacion, no será contada aquella península entre los desiertos infructuosos y desolados del imperio español (2). Pero diga lo que quiera, la California, á pesar de estos vaticinios políticos, será siempre uno de los distritos mas infructuosos y desolados del imperio español, y sus habitantes serán siempre pocos y miserables.

(1) Rech. Phil. part. 5.

(2) Historia de la América, tom. 4.º, lib. 7.º, págs. 116 y 117, edic. de Florencia.

Dos individuos animados del mismo espíritu que Robertson, dan en cierto escrito el nombre de *riquísima* á la California. Seria de desear que fuesen allá á gozar de aquellas riquezas, y empleasen en favor de aquellas pobres y abandonadas naciones el mismo celo que han desplegado contra los jesuitas.

El abate Raynal al contrario, se muestra mejor informado de las cosas de la California, y habla de ella con mas sinceridad. "Es imposible, dice, que la naturaleza del terreno y la temperatura del aire sean las mismas en un espacio tan grande. Sin embargo, puede decirse generalmente hablando, que el aire allí es muy seco y caliente, y el terreno adusto, montuoso, cubierto de piedras y arena, y por consiguiente estéril y poco á propósito para la labor y para la multiplicacion del ganado (1)." Tratando de la entrada de los jesuitas en aquella península, se explica de esta manera: "Atrajeron á los salvajes que querian civilizar, llevándoles algunas cosas que ellos agradecian, algunas viandas para que se alimentasen y algunos vestidos que pudiesen agradecerles. El odio que aquellos pueblos profesaban al nombre español, no pudo sobreponerse á estas demostraciones de benevolencia, y correspondieron á ellas, cuanto lo permitia su poca sensibilidad y su inconstancia. Estos vicios fueron en parte superados por los religiosos, los cuales se dedicaron á llevar al cabo su proyecto con aquel empeño y aquella constancia propios del cuerpo á que pertenecian. Se convirtieron en carpinteros, albañiles, tejedores y agricultores, y por este medio consiguieron dar á conocer á los indios las artes principales, é inspirarles afición á ellas hasta cierto grado. Después los congregaron sucesivamente, etc." Pero debo advertir que este autor no estaba tan bien impuesto en lo que añade acerca de la subsistencia de los californios: "Lo que puede faltarles, dice, lo adquieren con las perlas que pescan en el golfo y con el vino que venden á la Nueva España y á las naves de las islas Filipinas." Ni uno ni otro es verdadero. Los californios que solian ocuparse en la pesca de perlas eran poquísimos, y la utilidad que de ella sacaban era tambien tan poca, que no hubiera sido bastante para remediar sus necesidades, si los misioneros no hubieran cuidado de su sustento. En cuanto al vino, no tenían ni una sola gota que vender. Los misioneros, sabiendo bien cuán vehemente es en los americanos la inclinacion á la embriaguez, tuvieron siempre mucho cuidado de no dar á sus neófitos de la California ocasion de contraer aquel vicio, que afortunadamente les era desconocido.

He reunido aquí estos errores para evitar algunas notas, que de otra suerte habrian sido necesarias en la Historia. Y para no convertir este prefacio en apología, he dejado aparte las groseras calumnias de Paw, Robertson y otros autores contra los misioneros de la California, aunque me habria sido muy fácil refutarlas con documentos auténticos y con razones demostrativas. Tambien habria omitido los elogios de algunos misioneros, que se hallarán en esta obra, si no los exigieran las leyes de la historia, la justicia hácia ellos y la fidelidad para con el público; porque ciertamente no sé cómo pueda escribirse la historia imparcial y sincera de cualquier país, sin alabar á aquellos á quienes se debe cuanto bueno hay en él. Si hoy es adorado en casi toda la California el Redentor crucificado, que antes no era conocido en ella; si aquella península en que no se veian mas que salvajes desnudos, desenfrenados y embrutecidos, es ahora habitada por ciudadanos bien educados y de buenas costumbres; si al presente hay templos consagrados á Dios, y poblaciones bien ordenadas en donde antes no habia ni siquiera una cabaña; si aquella tierra antes inculta y cubierta de malezas, se ve ahora cultivada y enriquecida con muchos, útiles y nuevos vegetales, todo se debe al celo infatigable, á la industria activa y á los grandes trabajos de los misioneros, que animados y auxiliados por la divina gracia introdujeron allí la vida social juntamente con la ley cristiana. Celebramos pues la memoria de estos hombres tan beneméritos de la religion y del Estado, con los elogios á que se hicieron acreedores, y que les tributan los mismos pueblos á quienes beneficiaron; y no hacemos aprecio de las inyectivas de algunos europeos, que inculpalemente ignoran, ó desfiguran maliciosamente las gloriosas acciones de aquellos misioneros.

Nada mas tendria que decir si estuviera seguro de que la presente Historia habia de leerse en este libro; pero como muchos se contentan con leer las obras que se van publicando en los extractos que de ellas hacen los periodistas, debo advertir que los que se

(3) Hist. fil. y polít., lib. 6.º, c. 22.

fian de semejantes extractos son regularmente engañados por la infidelidad de los mismos periodistas. Podrian citarse muchísimos ejemplos, pero basta el extracto que del tomo I de mi Historia de Méjico hicieron ciertos periodistas florentinos en su *Diario enciclopédico de literatura italiana y ultramontana* número IX; Italia, 1782. He aquí algunos de los principales despropósitos que calumniosamente me atribuyen, sin atender á su propia reputacion, tan necesaria á su principal intento de enriquecer á costa de sus suscritores. Yo refiriéndome al testimonio de Cortés, como testigo ocular, y al de otros historiadores, digo en la página 269 de mi primer tomo, que llevaban la comida al rey Moctezuma *trescientos ó cuatrocientos jóvenes nobles bien ordenados, la presentaban antes que el rey se pusiese á la mesa, y se retiraban luego*, y los periodistas me hacen decir que *le servian la mesa 30400 pajes*. La diferencia es nada menos que de treinta mil.

En la página 271 digo que *entre las salas* (del palacio principal de Moctezuma) *habia una tan grande, que segun lo que asegura un testigo ocular y exacto, podrian caber en ella tres mil hombres*; y los periodistas me hacen decir que habia allí una sala tan vasta que podia contener 60000 personas. La diferencia es nada menos que de cincuenta y siete mil. Si los periodistas no hubieran fabricado de propósito una sala capaz de contener sesenta mil personas, no hubieran podido servir en ella la mesa los treinta mil pajes que ellos imaginaron.

Hablando yo de la ropa de mesa y de la batería de cocina del rey Moctezuma, digo en la página 269 apoyado en el testimonio de los otros historiadores de Méjico, que *ninguna de estas cosas le servia mas de una vez, porque luego las daba á alguno de los nobles*, y lo mismo afirmo de los vestidos; pero los periodistas me hacen decir que Moctezuma no comia dos veces de un mismo manjar. Despropósito crasísimo que no ha ocurrido á ninguno de los historiadores de Méjico. Necesitaban sin duda los cocineros mejicanos muchísimo ingenio para variar tanto los platos, y una memoria prodigiosa que tuviese presentes todos los manjares que se habian presentado al rey, para no volver á presentárselos.

En la pág. 286, hablando de varias desgracias acaecidas en los primeros años del siglo XVI, digo que *estas y otras calamidades juntas con la aparicion de un cometa que hubo en aquel mismo tiempo, causaron grande consternacion en aquellos pueblos, y que Moctezuma, muy supersticioso para ver con indiferencia semejantes fenómenos, consultó sobre esto á sus astrólogos, etc.*; y los periodistas me hacen decir que el cometa de 1507 *apareció para disponer á los mejicanos á su ruina*; cosa que ni he dicho ni soy capaz de decir.

En la página 288 digo que no es posible adivinar el primer origen de aquella tradicion *tan universal*, esto es, de la que segun los testimonios uniformes de todos los historiadores de Méjico, habia entre aquellos pueblos acerca de la futura llegada de nuevas gentes que habian de apoderarse de aquellos países; y los periodistas afirman que yo me *esfuerzo en probar que el demonio fué quien anunció tal venida á sus adoradores*, solamente porque añado que el demonio pudo conjeturarla y predecirla á los pueblos dedicados á su culto. Después se explican los periodistas en estos términos: *Es una lástima que en esta historia se hallen tantos ejemplos de supersticion y de credulidad, que acaso la deslucen*; pero esta es una gracia con que quisieron adornar sus caritativas calumnias.

Ellos me hacen decir que la ciudad de Méjico fué fundada en 1335, cuando digo muchas veces y aun lo demuestro en una disertacion, que lo fué en 1325. Además de esto, entre los pocos nombres de personas, naciones y ciudades que citan, se hallan veintidós desfigurados y alterados [1]. Tal es el extracto que aquellos periodistas hicieron del tomo primero de mi historia de Méjico, y tal será verisimilmente el que harán de esta Historia de la California.



[1] De esto mismo y con mas razon se habria quejado el autor si hubiera podido haber á las manos la traduccion que hizo don José Joaquin de Mora, y publicó en Londres Ackerman en 1826, en la cual hubiera visto desfigurados no solo la mayor parte de los nombres mejicanos, sino lo que es mas imperdonable, hasta el nombre español de *Javier* en el frontispicio de la obra.—E. T.